



Relato en el Frente Chileno

Esperando con Neruda

Veintiséis años después de su publicación en España, el escritor chileno Michel Bonnelley publica por primera vez en Chile su novela "Relato en el Frente Chileno", en la que narra su experiencia en manos de la DINA tras ser arrestado en diciembre de 1974. El libro fue presentado el 8 de abril por la periodista Faride Zerán y el escritor Ramón Díaz Eterovic, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional. Este es un extracto del Capítulo 7.

Sólo llevaba puesto el calzoncillo cuando me arrojaron fuera de la pieza, con un empujón y una zancadilla como quien echa al perro que ensució la alfombra. No pude protegerme de la caída sobre el cemento rugoso porque tenía las manos esposadas en la espalda. No pude en consecuencia evitar lastimarme la rodilla izquierda que sacré en abundancia. Permanecí un rato inmóvil, tendido de boca en el suelo, atorado por los golpes en la cabeza. Pepe y Pablo tuvieron que comunicarme que se encontraban cerca.

En consecuencia se me había linchado y comprisa se había hecho de la esposa que se había asustado. Me amarré hacia el rincón de donde provenían los ruidos. A causa de las hostedades en la cara, la cinta adhesiva del ojo derecho se había desgarrado en un borde. Desorientadamente empujé el ojo. Por debajo de la venda pude divisar los alrededores girando lentamente la cabeza. Distinguí los pies de mis compañeros y me incliné a ellos para averiguar la procedencia de algunas preguntas que me hicieron. Un agente gringo me informó que por parte de ellos. En ese momento apareció un uniformado que nos informó que estábamos prohibido hablar y que seríamos fusilados en media hora.

Se me heló la sangre. Pensé en la muerte que ponía fin a la vida. Y no sé por qué proceso sensitivo, recordé con lujo de detalles otra media hora en que había estado con ella.

Sucedió en el funeral de Neruda, un par de semanas después del golpe. Cuando en ese acontecimiento histórico las imágenes más bellas, en el sentido méxico de la palabra, y las lágrimas mejor derramadas, en el sentido poético de la palabra. Fue en ese día inmenso, como lo llamaba el mismo poeta, en que la vida me obsesionó los minutos más emocionantes, los mejores, aquellos que sólo transitan instantáneamente, para no repetirse.

Al igual que todos los demás asbestos y los que se extirpaban, sólo tenía una vida



idea del lugar y la hora donde pasaría el cortejo. El dato lo había conseguido a través de mi tía que trabajaba en el conservatorio nacional.

Todo era clandestino pues habían prohibido la asistencia de extraños al funeral.

Recorrió las calles más cercanas a Recoleta, averiguó frecuentemente empleada para dirigir se al cementerio, confiado en que no lo desviarían por tener pánico más angosto. Me llamó la atención la cantidad de gente que paseaba sin rumbo fijo en esta zona de callejuelas habitualmente poco concurrida. Muchos de ellos, jóvenes y adultos, solos o en pareja, deambulaban vacantes, indecisos, como la gente cuando está perdida. A veces, en una esquina, se formaba un grupito que se disolvía de inmediato. Demostré gente inactiva leve el día apoyada en un poste o reclinados en las sillas. Las parejas de autobuses estaban repletas de supuestos pasajeros. También circulaba un número excesivo de vehículos militares y policiales inspeccionando la zona y verificando la documentación de los transentes.

En principio el séquito solo podía estar compuesto por las milicias y gente muy allegada al poeta. Eso fue lo que me informó mi tía. Me explicó que la junta había impuesto ese orden al enterarse de lo que había ocurrido en el velorio. Insistieron que estaban dispuestos a todo con tal de impedir que aquella situación se repitiera. El velorio se había transformado en un verdadero acto político. Se había desancorado en La Chorrera, la casa de Nemudá en Santiago, incluso

tamente después del allanamiento salvaje del que había sido víctima el poeta mientras moría en el hospital. Habían roto una cafetería y los libros flotaban en el agua. Los papeles estaban enterrados en el barro. Habían rajado los cuadros. Habían roto los vidrios. Y Pablo Neruda, el poeta, el premio Nobel, estaba tendido sobre una mesa sucia, con cuatro velas, rodeado de militantes del partido comunista. Un velozto semiclandestino y una obra pisoteada por los enemigos de la cultura.

Seguimos dando vueltas varios minutos. Nos observábamos. A veces algunos se sa-

habían, uno entraba en un bar, otros fumaban en la vena de las parejas se besaban para echar un visazo hacia atrás. La mayoría vestíamos con elegancia, como si hubiésemos acordado disfrazarnos con el uniforme de la sensatez. Cruzábamos Recoleta examinando los extremos, pero nada singular señalaba la vereda del conteo fínese. Empecé a perder: confías y a impacientarme. Esa situación no podía prolongarse mucho tiempo. Eran las mismas caras las que cruzábamos y los mismos militares los que violaban.

De pronto apareció. Era una máscara negra al fondo de la avenida, una marcha silenciosa que avanzaba pararrayendo, negando una estela de conciencia, indivisible para los que tuvieron el privilegio de verla pasar. Era una columna ensilada pero compacta. Los hombres y las mujeres que la constituían marchaban anónimos, apretados para protegerse mutuamente. Como si el hecho más difícil que les atravesara de ese cuerpo macizo y los metiera en los autos. Como si así fuera más difícil que permanecer.

Como si así fuera un grupo de campesinos que se movían entre los soldados, entre los muros, entre los techados, entre los edificios transformados en cuampes de concentración, entre las detenciones masivas y los suanjos exorbitantes.

Procedía el desfile un coche negro con el aséd y las coronas. Pablo Neruda iba ahí, iba dentro de la caja, humildemente, iba satisfecho, iba realizado.

pero libre contra la causa de una
 esclavitud contra su pueblo, libre
 triste por su género humano. Detrás,
 a pocos metros, caminando, lo
 seguía Mariátegui Urutua, su es-
 posa, su compañera. Y con ella
 lo acompañaban, varias per-
 sonalidades del arte y la literatura
 chilena. Entre avanzaban el pue-
 blo. Y era realmente el pueblo
 quien marchaba tras el fretero
 de un poeta. Era el pueblo que
 honraba con su presencia a
 Pablo Neruda. Qué orgullo para
 él si se hubiese erguido. Qué
 alegría para él ver los pobres,
 los parias, los desposeídos,
 vestidos de negro y llorando.
 Si, lloraban. Llорaban sin poeta,
 y con él a sus ojos, maridos o
 hermanos asesinados. En su
 mortuoria encerraba miles de
 hombres y mujeres, miles de
 mártires, miles de héroes.

Más de uno vesía luto. Había muerto un gran compañero. Muchas lágrimas se derramaron esa tarde. ¡Cómo lo querían al poeta militante!

Marchaban los presentes con un davel rojo prendido en la solapa, un pañuelo en la mano y un pesar sobre la espalda. Marchaban en silencio y sus rostros eran de dolor. Nadie hablaba, nadie esquivaba murmurada, pero tantos lloraban en silencio.

Los más audaces de entre la multitud vacilante, de entre la masa que envolvía aquella imponente vanguardia, empezaron poco a poco a arrojarse y a plegarse a la columna embrión. Así el cortejo fue cambiando su fisonomía, e incluso su carácter.

Entre ellos hay yo. Me codo entre dos señoras y una de ellas me tendió un dardo rojo. Descargó en mi una mirada elocuente, una mirada de saludo a mi amistad. Caminé en silencio con mi dardo. Sentí el temor que experimentaba la gente que me rodeaba. Repentinamente, sentí que había provocado un accidente, su nacimiento, durante una lágrima. Y con ella un profundo sentimiento de desolación y de tristeza me invadió. Me había contagiado el dolor del pueblo. Sentí la pena de ese dolor, del dolor del pueblo, que me había cruzado con un puñalido. Dolor que la lágrima cubría, que bajaba hacia el abismo. Necesitaba padecer una desdicha mayor para desahogarme, para ser aún más permeable al dolor de los demás.

En conmovedora la fuerza que estaba adquiriendo ese cortejo fúnebre en las condiciones políticas en que se estaba llevando a cabo.

Poco a poco, la pequeña máquina repta que fue en un

comienzo, se convirtió en una multitud de todos colores que marchaba con firmeza por la calle Recoleta hacia el Cementerio General. Delante continuaban en silencio los más próximos, los de hute, los que tenían el corazón desgarrado. Detrás avanzaba la muchedumbre siempre creciente. Algunas mujeres repartían claveles. Aquellos jóvenes que los recibían, los prendían en el costado izquierdo con orgullo y decepción. El silencio era absoluto, total, y parecía inquebrantable. Ni los soldados osaban romperlo. Los soldados y recorrian la procesión sin hablar. Vi un oficial escuir.

De pronto tu grito quebró el silencio. Yo, lo recuerdo. Fue una erupción volcánica. Fue una voz de hombre que se perdió entre el ruido. Fue alguien que gritó muy fuerte. "Compañero Pablo Neruda!" Pero sólo un momento respondí al llamado, despectivo y contrariando la boca. "Presente." Luego volví el silencio. Sólo se oían los pasos desordenados. El grito quedó flotando entre nosotros. Era una prueba y nos dio miedo, pero también nos dio poder. De las caras mustias brotaron miradas de angustia. Cero que a los demás miramos de lejos al compañero de al lado. Sólo a nosotros miramos, sin palabras. Los militares se movieron, algunos levantaron el fúsil y apuntaron. La gente temblaba de emoción.

Súbitamente otro giro. Proviene de adelante y la voz era de mujer, de andadura. Gritó con sus últimas energías: "¡Compañero Pablo Neruda!" y, después, se respondió: "¡Presente!" El ambiente estaba tenso, los militares se desplazaron y nos acercaron. Creímos que dispararían, que agarrarían a los compañeros que estaban en la orilla, que empezaban a repartir cufios y a disolver con bombas lacrimógenas. Sólo nos protegían los fotógrafos y algunos corresponsales extranjeros. Pero eso nunca había sido motivo suficiente para no disparar una manifestación ilegal. Tampoco lo sería para no disparar, primero al este, luego a la gente que empezaban a caer de a uno como muñecos de trapo. Estábamos doloridamente emocionados y eran pocos los que aún tenían la cabeza fría. Nos miraban entre de clemente y oírlos no le hacía de menos, ni de más. *¿Qué tenemos nosotros? ¿Tenemos amnesia? ¿Tenemos alucinaciones? ¿Tenemos alucinaciones?* Queríamos apurar el paso pero el coche negro que transportaba al estado nos frenaba.

Pensé que muchos harían que se alejarían por las calles transversales y se desentenderían del acto político que se estaba gestando. Pero fue al



FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Esperando con Neruda. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile